

Mujeres y desarrollo en El Salvador en el siglo XX

Xiomara E. Lazo Fuentes

Universidad de El Salvador/Universidad de Salamanca

La presente comunicación trata sobre el papel de las mujeres en los modelos de desarrollo implementados en El Salvador, América Central, a lo largo del siglo XX. El eje central del texto es el rol central y fundamental que las mujeres salvadoreñas han desempeñado desde siempre en los distintos modelos económicos y sociales del país, y que por una serie de cuestiones estructurales constantes a lo largo de la historia han impedido su desarrollo pleno, y las han mantenido en un plano secundario que no se corresponde con la realidad de su papel económico y social.

Debo aclarar que para la elaboración de este trabajo no me he apoyado en investigaciones propias a partir de fuentes primarias. Esto se debe a dos razones: una metodológica y otra personal. En primer lugar, lo que se pretende con este texto no es aportar nuevos datos resultado de una investigación novedosa y original, si no un replanteamiento de la evolución de las mujeres en la sociedad salvadoreña a partir de los datos ya conocidos, pero desde una perspectiva de género, en vista de que esta dimensión no siempre se encuentra en trabajos de estas características, y para lo cual retomo las herramientas procedentes de otros ámbitos de las ciencias sociales, especialmente de los estudios de género. Creo que un análisis de tales características es muy poco frecuente en las investigaciones históricas tradicionales, y por tanto, puede arrojar resultados interesantes a procesos históricos ya estudiados.

Por otro lado, siendo mi formación académica en el ámbito jurídico, con especialización en derechos humanos y desarrollo, he centrado mis estudios en la situación actual de los derechos de las mujeres, pero ello no ha sido posible sin una mirada al pasado para poder comprender a pleni-

1729



© Asociación Española de Americanistas

Gutiérrez Escudero, Antonio, María Luisa Laviana Cuetos (coords.): *Estudios sobre América: siglos XVI-XX*. Sevilla, AEA, 2005

tud la problemática actual, como resultado de ese proceso histórico, procurando así un dialogo interdisciplinar esencial para el avance de este tipo de trabajos.

Esta comunicación se encuentra dividida en tres partes: en la primera, nos referimos de forma genérica a los diferentes modelos de desarrollo que en los últimos ciento treinta años han dominado la economía y la sociedad salvadoreña. En la segunda parte, indagaremos acerca del papel de la mujer en cada uno de esos modelos y etapas. En la tercera y última, expondremos algunas conclusiones y reflexiones acerca del papel que la mujer ha tenido en esos períodos de forma que nos ayuden a comprender su situación actual y sus posibilidades de futuro.

EL DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIAL
DE EL SALVADOR ENTRE 1870 Y 1990

La inserción de El Salvador en el moderno sistema capitalista mundial se produjo, al igual que en la mayoría de los países latinoamericanos, en la segunda mitad del siglo XIX. Desde entonces, la economía de este país siguió, con sus matices y particularidades, las etapas que en forma general se pueden encontrar en toda la región. El modelo de *desarrollo agro exportador* que permitió esa inserción económica internacional desde 1870 aproximadamente, caracterizado en general, por la tendencia al monocultivo, la concentración de la tierra y la dependencia tanto de capitales como de mercados internacionales, en el caso salvadoreño se efectuó alrededor de un producto básico: el café.¹ Este producto sustituyó al cultivo tradicional, el añil, y hacia 1920 representaba el 90% de las exportaciones del país.²

El cultivo del café también provocó profundas transformaciones sociales, políticas e institucionales en Centroamérica. En El Salvador, país de reducida extensión, muy poblado, y carente de tierras baldías desde época colonial, se dio una presión creciente por parte de la élite terrateniente nacional sobre las tierras y mano de obra dedicadas a la agricultura de subsistencia, a fin de intensificar el cultivo. Como resultado, se produjo una radical concentración de la propiedad y la desaparición de las tierras indí-

1 En este apartado seguiremos a Samper, Mario: "Café, Trabajo y Sociedad en Centroamérica, (1870-1930): Una Historia Común y Divergente", en Torres-Rivas, Edelberto (coord.): *Historia General de Centroamérica*, Madrid, 1993, tomo IV, págs. 11-105.

2 Pérez Brignoli, H.: *Breve Historia de Centroamérica*, Madrid, 1985, pág. 81.

1730



genas y comunales, excelentes además para el cultivo del café al estar ubicadas en zonas altas.³

Un segundo producto de exportación fue el azúcar, más apropiado a tierras bajas costeras. El resultado global del proceso fue la desaparición de los cultivos y formas tradicionales de subsistencia, la masiva importación de esos productos, y el desarrollo de nuevas formas de producción y trabajo.

El modelo agro exportador entró en crisis, al igual que en el resto del continente, en el año 1929.⁴ La fuerte reducción de precios y exportaciones del café rewertieron en las clases trabajadoras, así como el alza de los precios de los productos manufacturados de importación (que en las décadas anteriores también habían sustituido a la artesanía tradicional). En 1931 se produjo, como en tantos otros países latinoamericanos, una involución política, llegando al poder el general Hernández Martínez, dictador hasta

1944. En 1932, las revueltas sociales lideradas por Farabundo Martí, provocaron las mayores matanzas de la historia del país hasta la guerra civil de los años ochenta.⁵ La dictadura de Martínez siguió apoyando y asegurando el predominio de los intereses económicos de los terratenientes cafetaleros.

Desde los cuarenta, en línea también con lo que sucedía en el resto del continente, se impuso un nuevo modelo de desarrollo: el *desarrollo hacia adentro*, también denominado *de sustitución de importaciones* por el empuje de la industria de transformación realizado en este sentido.⁶ El

3 Las tierras altas volcánicas habían sido antiguamente despreciadas por los grandes terratenientes durante y después de la colonia por no ser aptas para el cultivo del añil, principal producto de exportación salvadoreño hasta mediados del siglo XIX. En 1881 se decretó la abolición legal de las comunidades indígenas y en 1882 se declaró la abolición de los ejidos y tierras comunales. Los efectos de la desigual distribución de la tierra fueron quizá más acentuados en El Salvador que en cualquier otro país de Centroamérica. Se excluyó de la propiedad a mujeres e indígenas, y sólo se conformó una relativa capa de pequeños propietarios o ladinos.

4 Sobre el tema véase Bulmer-Thomas, V.: "La crisis de la Economía de Agroexportación", en Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica*, IV, págs. 325-395.

5 "En enero de 1932 la insurrección social ganó El Salvador: indígenas y mestizos armados con machetes y palos se sublevaron en toda la zona cafetalera, mientras el gobierno detenía y fusilaba a los dirigentes del recién nacido Partido Comunista (fundado en 1925), encabezados por Farabundo Martí. Le represión que siguió a la revuelta tuvo como saldo de víctimas estimado entre 10.000 y 30.000 muertos". Pérez Brignoli, *Breve Historia de Centroamérica*, pág. 86.

6 El modelo está relacionado con los análisis y la línea económica defendida por ciertos organismos internacionales desde finales de los años cuarenta, especialmente la CEPAL. Se promovió asimismo la integración de los países del área centroamericana, como la mejor forma para la inserción de la región en el mercado internacional y la reducción de la vulnerabilidad externa típica de los esquemas agroexportadores. Sin embargo, no se siguió el proyecto original planteado por el organismo, como lo señala Lizano, debido principalmente a la injerencia de intereses norteamericanos de índole político, comercial y militar. Lizano, Eduardo: "El Proceso de Integración Económica", *apud* Garnier, Leonardo: "La Economía Centroamericana en los ochenta: ¿Nuevos Rumbos o callejón sin salida?", en Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica*, pág. 132.



modelo cobró fuerza en los cincuenta y, especialmente, en la década siguiente, con la creación del *Mercado Común Centroamericano* en 1960.⁷

El modelo promovió ciertas transformaciones sociales y laborales, escasas en todo caso y bloqueadas constantemente por ciertos sectores de la élite económica y política del país. Las características de este período —generales para Centroamérica— fueron: el sector externo siguió siendo determinante en el comportamiento económico general; la agricultura conservó su condición de soporte principal de la economía; la industria ingresó en la historia económica de la región; se expandieron los sistemas de intermediación financiera; y se modernizaron los servicios.⁸

Se produjo un cierto desarrollo y crecimiento, palpable en el aumento considerablemente del PIB regional en esas décadas.⁹ Pero el gran problema continuó siendo el mismo que en el período anterior, la consolidación de un modelo de desarrollo concentrador y excluyente, puesto que el crecimiento sólo benefició a un sector muy reducido de la sociedad. Los cambios más significativos fueron la aparición de nuevos sectores sociales con intereses propios (empresariales, de trabajadores, medios y de servicios). Pero el balance global siempre fue negativo, como destacó A. White:

*Lo que está en discusión no es...una cuestión acerca del tipo de crecimiento y quién se beneficia de él. Bien podría argumentarse que lo sucedido no puede llamarse crecimiento en absoluto: la expansión del café en el siglo diecinueve, se consideraba en aquel tiempo como la base de la prosperidad y del desarrollo, difícilmente podríamos considerarla hoy día en los mismos términos, pues se acepta que el desarrollo fue asimétrico y que la prosperidad fue prosperidad sólo para una minoría. El actual desarrollo de la industria también es asimétrico y también beneficia sólo a una minoría, aunque en este caso la minoría no es tan pequeña.*¹⁰

7 Sus bases se encuentran en el Tratado de Integración Económica Centroamericano y Mercado Común, del cual son partes El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua. Costa Rica no se adhiere hasta 1963.

8 Guerra-Borgues: "El Desarrollo Económico", en Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica*, V, págs. 13 y siguientes.

9 Para cifras concretas véase *Ibidem*.

10 White, A.: *El Salvador*; San Salvador, 1996, págs. 285-286. Coincide con esta apreciación Pérez Brignoli, H.: "Nota Preliminar", en Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica*, V, pág. 11.



El modelo se agotó entre fines de los sesenta, entre otras razones, por guerra que hubo entre El Salvador y Honduras en 1969¹¹ y la crisis mundial del petróleo a inicios de los setenta. No nos detendremos ahora en las razones o causas del fracaso del modelo.¹² Simplemente cabe destacar las profundas consecuencias sociales que tuvo en el país, representadas claramente por el estallido del conflicto civil entre 1978 y 1981 y consecuente guerra político militar durante la década de los ochenta hasta 1992.

Los años ochenta, además de ser los de la guerra, fueron los de la crisis de la deuda (que estalló en México en 1982 y afectó rápidamente a todo el continente), y la década del *ajuste estructural* y aperturista de corte neoliberal impulsado, financiado y condicionado por los organismos internacionales multilaterales, caso principal del Fondo Monetario Internacional (FMI).¹³ El ajuste y las medidas “recomendadas para la estabilización macroeconómica del país” por el FMI y adoptadas por el gobierno, se orientaron fundamentalmente a la reducción de la demanda pública o gasto público, la reducción de la demanda interna privada, la apertura (liberalización) de la economía con énfasis en las exportaciones, y el incremento de los impuestos.¹⁴

Las medidas fondomonetaristas tuvieron graves repercusiones sociales, y la gran desigualdad histórica en la distribución de la renta en la sociedad salvadoreña, en vez de disminuir se agrandó. A ello hay que sumar la sangría constante y la limitación del desarrollo que suponía el conflicto bélico. El deterioro en las condiciones de vida y de trabajo de grandes

11 Las causas de la guerra en mención en términos generales, fueron la enorme migración de campesinos salvadoreños a la extensas tierras sin poblar fronteras con Honduras; pero sobre todo la afectación de los intereses de la burguesía hondureña por la preeminencia de las exportaciones salvadoreñas hacia ese país. Existe mucha literatura al respecto. Véase, por ejemplo, White, *El Salvador*, págs. 233-242. En una versión *sui generis* periodística, ver: Daltón, Roque: *Las historias prohibidas del pulgarcito*, San Salvador, 2000, págs. 197-215.

12 Sobre el tema véase, por ejemplo, Arrizabalo Montoro, X: “Crisis, Deuda, Ajuste Fondomonetarista y Deuda Social en América Latina”, en X. Arrizabalo (editor): *Crisis y Ajuste en la Economía Mundial*, Madrid, 1997, pág. 210.

13 Las circunstancias económicas y sociales de El Salvador a principios de los ochenta eran realmente dramáticas, resultado de las políticas seguidas y de un modelo económico excluyente de las grandes mayorías respecto de los beneficios del crecimiento económico. Algo quedó muy claro con la experiencia desarrollista de las tres décadas anteriores: las exitosas tasas de crecimiento económico del país y de la región son una condición necesaria pero no suficiente para alcanzar el desarrollo. Durante esta década los problemas económicos y sociales que habían impedido el desarrollo no sólo no se solventan, sino que se agudizan y la sociedad se polarizaba más, por lo que se ha dado por llamar la década de los 80, como la *década perdida para Latinoamérica*. Deniz, José: “América Latina y el Caribe: la compleja salida de la crisis”, en C. Berzosa (coord.): *La Economía Mundial en los 90*, Barcelona, 1994, pág. 420.

14 Garnier, Leonardo: “La Economía Centroamericana en los ochenta: ¿Nuevos Rumbos o callejón sin salida?”, en Torres-Rivas, *Historia General de Centroamérica*.



mayorías de la población son hechos comprobados a raíz de los ajustes estructurales, y han quedado plasmados en diferentes informes realizados por Organismos Internacionales como las Naciones Unidas y el Banco Mundial, sin perjuicio de otro tipo de estudios académicos sobre el tema.¹⁵ Todo ello es prueba de que el nuevo modelo impuesto a los países subdesarrollados por los organismos financieros es incapaz de disminuir la pobreza (aunque tampoco interesó), pero sí de agrandarla. Y es que, como lo explica Franz J. Hinkelammert,¹⁶ el “*capitalismo salvaje*” que vino de la mano de la estrategia neoliberal, no enfrentó ninguno de los problemas críticos que provocaron la crisis del desarrollismo latinoamericano: una industria incapaz de lanzarse de forma competitiva al mercado mundial y la existencia de la “*población expulsada*”, es decir excluida de los beneficios recibidos por una minoría enormemente rica. Este filósofo desvela que en vez de optar por la solución de tales problemas y avanzar con progreso social, en Latinoamérica se da una vuelta atrás. Esta línea neoliberal se profundizó en los noventa con la globalización y todo lo que la rodea en transnacionalización de producción, revolución técnica, etc.¹⁷

Centroamérica comenzó los noventa con índices de pobreza alarmantes, más elevados que en décadas anteriores, resultado de los “ajustes” en las economías del área. Así lo demuestran los datos de la CEPAL, en los que se registra que en El Salvador en 1990 el 71% de los hogares se encontraban en pobreza (habiendo aumentado tres puntos desde 1980,¹⁸ índice

15 “La progresión de las desigualdades y de la inseguridad mina las bases de la democracia en América Latina. Durante las crisis económicas (años ochenta) se incrementa la desigualdad debido a que los costes de los ajustes económicos se reparten mal, pero también en la fases de crecimiento (años noventa), ya que los beneficios de la recuperación también se distribuyen mal. Si bien la miseria ha retrocedido en el continente desde principios de los años noventa, los desniveles de riqueza se han ampliado, contradiciendo el principio de igualdad ciudadana. En el mismo sentido, la proliferación de la violencia incontrolada afecta gravemente al tejido social”. Debène, Olivier: *El Estado del Mundo. Anuario Económico Geopolítico Mundial 2000*, Madrid, 1999, pág. 348.

16 “Se renuncia a la industrialización, por un lado, y decide callar a la población por medio del terrorismo del Estado, por el otro. Hablando todo el tiempo de eficacia, dice adiós a ella y reduce a América Latina otra vez a la exportación de materias primas y de alimentos. En vez superar el subdesarrollo, se sueña con una eficiencia subdesarrollada”. Hinkelammert, Franz J.: *Cultura de la Esperanza y sociedad sin exclusión*, San José, Costa Rica, 1995, págs. 132-133.

17 Sobre el tema véase Ibistate, Francisco J.: “Neoliberalismo y Globalización”, *Estudios Centroamericanos (ECA)*, UCA, El Salvador, octubre, 1988, pág. 894.

18 Para 1980, la CEPAL estimó que el segmento social constituido por los pobres (se incluye a los extremadamente pobres o indigentes y a los que no cubren totalmente todas sus necesidades básicas) alcanzaba las dos terceras partes de la población. A finales de la década, la cifra de pobres había aumentado de tal manera en toda la región centroamericana (especialmente en los países en conflicto), tanto que la proporción de pobres en general alcanzaba el 80%. García, Ana Isabel y Enrique Gomáriz: *Mujeres Centroamericanas*, San José, Costa Rica, 1989, tomo II, págs. 42 y 43.



que ya mostraba la triste realidad social del país), de los cuales el 52% de ellos estaban bajo la línea de indigencia o de extrema pobreza. En contraste, durante el período 1991-1996, creció el PNB del país por habitante en un promedio anual de 5,6%, siendo bastante alto en comparación con el resto de los países centroamericanos y del promedio de la región latinoamericana.¹⁹

La interpretación de estos datos permite sacar obvias conclusiones: una vez más, la historia social y económica del país se vuelve a repetir, por un lado, se da un incremento en la producción, sin importar el agotamiento de los recursos, en tanto proporciona grandes niveles de riqueza a un grupo reducido de personas que mantienen el poder económico y político del país (aunque esta vez, no sólo se trata de la élite nacional, sino también de inversores extranjeros), y por el otro, va acrecentándose aceleradamente el número de pobres y con ello la miseria y la desesperanza. Se dice que ninguno de los modelos de crecimiento anteriores —el agrario monoexportador y el agrario integracionista— había generado una concentración tan violenta de la riqueza como se produce con el actual modelo neoliberal en la actualidad.²⁰

No obstante, el conflicto bélico en El Salvador finalizó en 1992, las condiciones sociales-económicas que lo habían generado no habían desaparecido. Aún más, se habían agrandado debido a los efectos mismos del conflicto y de las políticas de “ajuste” implementadas por el gobierno. Este tema no fue tocado en los *Acuerdos de Paz*, entre la guerrilla del FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional) y el Gobierno de turno. Pero dentro de los mismo, se prevé la creación de un Foro de Concertación Económico-Social, que estaría encargado de elaboración de propuestas en ese sentido. Sin embargo, debido a la falta de voluntad política gubernamental y del sector empresarial no se llegó a mayores acuerdos con los trabajadores y pronto el sector empresarial se retiró de las conversaciones.

Con el gran aumento de la pobreza en la región latinoamericana ha quedado en evidencia el fracaso de las medidas neoliberales. En términos macroeconómicos quizá han resultado efectivas. Pero la promesa hecha por sus teóricos sobre el consecuente progreso y bienestar social no se ha

19 De la Ossa, A.: “Integración Centroamericana y Desarrollo Social: los Desafíos Pendientes”, en Sanahuja, José A. y José Ángel Sotillo (coords.): *Integración y Desarrollo en Centroamérica. Más allá del libre comercio*, Madrid, 1998, págs. 95-131.

20 *Ibidem*, pág. 99



visto cumplida. Por el contrario, la creciente pobreza y endeudamiento ha desvirtuado aquellas afirmaciones. Para 1998, según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la deuda externa en El Salvador era de 3.004 millones de dólares, que representaba el 35 % del PIB.²¹

La década de los noventa significó para El Salvador, como para el resto de países centroamericanos, la continuación y culminación de las políticas de ajuste. En ese sentido, fue necesario propiciar y mantener un contexto de paz en la región centroamericana que permitiera terminar de imponer el nuevo modelo de crecimiento económico, más que de desarrollo para todos. En ese sentido, se impulsó por parte de los organismos internacionales de desarrollo, la introducción de los más mínimos mecanismos de defensa de Derechos Humanos y de equilibrio social (salud pública, saneamiento, educación, etc.). Pero su superficialidad los hace muy cuestionables. Los derechos sociales son lo más reducido posible, para así dar paso a los derechos del mercado. Lo político y social queda subordinado al mercado, y para la obtención del mayor beneficio posible se excluye casi automáticamente los aspectos sociales del desarrollo.²²

LA MUJER EN LOS MODELOS DE DESARROLLO SALVADOREÑOS

Bajo el criterio de organismos internacionales como la CEPAL, durante la década de los ochenta las mujeres latinoamericanas se encuentran “integradas de hecho” a la sociedad, por lo que únicamente se debe “mejorar su forma de inserción” en ella, teniendo en cuenta no sólo la posi-

21 Marín, Manuel: “Más allá del hoy”. Diario *El País*, Madrid. 15 de noviembre de 1998, pág. 15.

22 Para el año de 1997, El Salvador se encontraba en el puesto número 112 en la clasificación del Índice de Desarrollo Humano del PNUD, considerado entre los países de desarrollo humano e ingresos intermedio, por detrás del resto de países latinoamericanos, a excepción de Bolivia, Honduras, Guatemala, Nicaragua y Haití. En 2002 se cumplieron diez años de la finalización de la guerra civil, sin embargo, la pobreza y la desigualdad siguen en auge en el país, y realmente hay poca intención por parte del gobierno para avanzar en su erradicación, ni siquiera a largo plazo, ya que según informes de CEPAL (2000) y del Programa de Promoción de la Reforma Educativa en América Latina y el Caribe (PREAL) de 2001, el gobierno salvadoreño es el que menos invierte en educación, especialmente en primaria y secundaria (sólo un 3% del PIB de 2000) en la región latinoamericana y su calidad es bastante baja debido a la fragilidad en la preparación del personal docente. Por otro lado, hay un analfabetismo de 19.6% en 1999, cifra que denota disminución, esencialmente en las capas jóvenes, pero que continua siendo bastante alta. Por tanto, la riqueza generada continua altamente concentrada y no se vislumbran políticas redistributivas verosímiles.



ción que ocupan en la sociedad según el estrato socioeconómico al que pertenecen, sino además el papel social que se les asigna culturalmente por el hecho de ser mujeres.²³ Se considera que en los últimos años, las mujeres han tenido mayor acceso a la salud, educación y trabajo remunerado con la creación de empleos absorbentes de mano de obra femenina, lo cual ha sido posible, según sus afirmaciones, en razón a la modernización implícita en los nuevos modelos de desarrollo. Por tanto, “el problema fundamental no es ya su integración al desarrollo, sino el modo en que deberían integrarse. Esto exige transformaciones profundas en la sociedad, cambios culturales y modificaciones en las relaciones de poder”.²⁴

En realidad, es muy discutido hasta que punto ha existido una verdadera integración o no de las mujeres de los países subdesarrollados a los modelos de desarrollo imperantes, porque la práctica ha supuesto una mera “incorporación o agregación” de las mismas a una concepción de desarrollo establecido, sin la previa transformación de estructuras sociales profundamente patriarcales que impiden la real igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Una concepción de desarrollo en el que las mujeres históricamente no han participado para la determinación de prioridades y valores del mismo. En consecuencia, se afirma que la políticas orientadas a “integrar” a las mujeres con frecuencia contribuyen a la marginalización tanto del tema dentro de los estudios de desarrollo, como a la postergación de feminización de la pobreza.²⁵

Y es que, tal como afirma Diane Elson, “las mujeres y los hombres tienen diferentes oportunidades y se enfrentan a diferentes problemas, por lo que el impacto de las políticas ‘neutrales en cuanto al sexo’ dista de ser neutrales y las mujeres en las sociedades en reestructuración tienden a soportar una parte desproporcionada de los costos de la reestructuración”.²⁶

23 Krawczyk, Miriam: “Mujeres en la Región. Los grandes cambios”, *Revista de la CEPAL*, 49, Santiago de Chile, abril, 1993, pág. 9.

24 *Ibidem*, pág. 18.

25 Se dice que de cada tres pobres en el mundo, dos son mujeres, de ahí que se diga que la pobreza tiene “rostro de mujer”. En el Informe de Desarrollo Humano de Naciones Unidas, para el año de 1997, se concluía que, en primer lugar, ninguna sociedad trata a sus mujeres tan bien como a sus hombres; segundo, que la desigualdad de género está fuertemente relacionada con la pobreza humana; en tercer lugar, la desigualdad de la línea de pobreza de género no siempre se asocia con la pobreza de ingreso; y, en cuarto lugar, los países con marcada mejora en su clasificación según el Índice de Desarrollo relativo al Género (IDG) no siempre corresponde con su clasificación según el Índice de Desarrollo Humano (IDH). PNUD: *Informe sobre Desarrollo Humano 1997. Pobreza y Desarrollo humano*, Madrid, 1997, págs. 46-48.

26 Elson, D.: “How is structural adjustment affecting women?”. *Development*, enero, 1989, en ONU: *La Mujer en una Economía Mundial en Evolución*, Nueva York, 1995, pág. 17.



En las páginas anteriores hemos puesto de manifiesto cómo el crecimiento económico de El Salvador a lo largo del siglo XX ha marginado a la gran mayoría de la población salvadoreña. Ahora queríamos centrar el análisis en la situación de la mujer (alrededor de la mitad de la población del país) en ese marco. ¿Cómo se desenvuelve la mujer a nivel privado y público dentro de los distintos modelos de desarrollo de una sociedad que es de intrínseca raíz patriarcal? Pretendemos con ello —y a partir del estudio de una evolución histórica concreta— intentar determinar la existencia o no de posibilidades para un verdadero desarrollo de las mujeres y consecución de su ciudadanía y derechos humanos en igualdad de oportunidades con los hombres en el marco establecido.

Analizaremos, por tanto, cómo ha sido la participación de las mujeres salvadoreñas en los modelos de desarrollo adoptados desde mediados del siglo XIX: si fue una participación pasiva o activa; sus obstáculos a nivel político, social y económico en la búsqueda de mejores niveles de vida y desarrollo personal para ellas, sus familias y en general su mismo entorno. Y es que hablar de las mujeres en el contexto de las sociedades tradicionales, generalmente es también hablar de la familia y el hogar, pues éstos aparecen como parte de la esencia e identidad y subjetividad femenina. Por tanto, su individualidad ha sido entendida en razón a su entorno. El análisis de esa evolución histórica nos indicará si las mujeres salvadoreñas se han adaptado a los patrones de comportamiento construidos para cada sexo, o han asumido roles en principio no diseñados para ellas.

Pretendemos dejar claras cuáles han sido las relaciones de poder entre los sexos tanto a nivel de las familias como dentro de la sociedad salvadoreña en general. Y cómo ello ha sido importante para que se diese una sistemática negación del acceso de las mujeres a los recursos materiales productivos propios, caso de tierra y capital, así como a derechos sociales-prestacionales por parte del Estado, como son la salud y la educación. Con ello, las posibilidades de obtener ingresos económicos que permitiesen un mínimo progreso personal y autónomo, quedaban enormemente limitadas. Se contaba prácticamente sólo con la propia fuerza de trabajo, que en el mejor de los casos, era posible ejercerla en actividades del mundo público.

Dadas las condiciones de extrema pobreza de grandes mayorías que han imperado históricamente en El Salvador,²⁷ mucho más quizá que en

27 Entiéndase por grandes mayorías de excluidos y marginados del sistemas definidos principalmente por la raza y el género: indígenas, mestizos y mujeres en general se encuentran en las capas bajas de la sociedad salvadoreña. Estos colectivos tenían restringido el acceso a los recursos productivos del país, cuyo dominio estaba reservados para hombres blancos.



otros países latinoamericanos, las mujeres han tenido que asumir desde muy temprano en la historia una doble o triple carga de trabajo, pues aparte de realizar las tareas “propias de su género”, han tenido que incorporarse al trabajo productivo (como formas alternativas de generar ingresos a su grupo familiar empobrecidos), propio de los hombres, pero sin compartir iguales oportunidades de desarrollo. Y esto no sólo debido a las condiciones sociales y económicas de exclusión típicas de la sociedad salvadoreña, sino también a las limitaciones de género y discriminación en cuanto al sexo.

En El Salvador, durante la época colonial y en sus orígenes como República, tanto las mujeres (de cualquier índole social o racial), como los hombres indígenas, tuvieron negado el acceso a la propiedad de la tierra.²⁸ Sólo los hombres podían jurídicamente acceder a los recursos productivos. Y no todos: únicamente los que contaran con un nivel económico suficiente para comprarlos, nivel que tenían los criollos y, en mucha menor medida, algún mestizo, y prácticamente nunca los indígenas. Por otra parte, a las mujeres no se les reconocía autonomía propia y no tenían potestad para actuar por sí mismas. Sus actos estaban necesariamente vinculados al sexo masculino: marido o padre, según el caso. Los sistemas jurídicos y las prácticas tanto sucesorias como de transacción mercantil, reforzaban la desigualdad de géneros. El punto de partida era la distribución patriarcal del poder en el interior del grupo familiar (modelo cultural heredado de la colonia). En el interior de los grupos familiares criollos, ladinos, indígenas (esfera privada), los hombres han sido siempre “la cabeza y jefe de familia”, situación que se reproducía en el espacio público de nuestras sociedades.

Pese a la división sexual del trabajo establecido en estas sociedades patriarcales falogocéntricas²⁹ —en las que a las mujeres se les recluyó a servir dentro de los hogares, realizando el trabajo doméstico y reproductivo (de cuidado a todos los componentes del grupo familiar) de forma gratuita—, en El Salvador dicha división no fue rígida, pues las mujeres de escasos recursos económicos necesitaban generar ingresos de tipo “nominal” para solventar la precariedad de sus familias. De forma que, ya están presentes también en el cultivo del café, desde finales del siglo XIX, pues aun-

28 Mujeres e indígenas no participaron en la transformación de la propiedad de la tierra de fines del XIX (privatización de las tierras comunales y ejidales), cuyo objetivo era intensificar el cultivo del café por los grandes terratenientes. Ver: White, *El Salvador*, cit.

29 El término **falo** es el miembro viril (Real Academia de la Lengua Española, *Diccionario de la Lengua Española*, Madrid, 1998). Este término hace referencia al establecimiento de un monólogo del sexo masculino en la cultura.



que la mayor parte de la fuerza laboral durante el año era masculina, también trabajaban mujeres, e incluso niños y niñas.³⁰

Durante las cosechas cafeteras se trasladaban a trabajar las familias enteras, provenientes de las cercanías de la hacienda o de comunidades indígenas remotas, voluntariamente o en cumplimiento de obligaciones laborales. Por regla general, la tarea de recolección del grano era tarea femenina e infantil, pues se afirmaba que las mujeres tenían mucha más habilidad manual. Asimismo, se les asignaba también el abono de la tierra.³¹ Sin embargo y desde entonces, el salario era desigual entre hombres y mujeres, incluso a igual tarea y tiempo de jornada laboral. En 1930 el salario mínimo era de un colón (moneda salvadoreña entonces), con alimentación. Las obreras recogedoras de café ganaban setenta y cinco céntimos de colón (0,75) al día, con alimentación.³² La diferente valoración del trabajo según que sexo lo realizase, denota la posición socialmente subordinada de las mujeres. Además, en el momento que una tarea determinaba en el sector productivo se feminizaba, ésta perdía valor en términos de cambio.

En cuanto al trabajo productivo familiar, las mujeres usualmente no participaban en el cultivo de la “milpa”,³³ es decir, en el cultivo de granos básicos para el consumo familiar y venta del excedente, pues se veía muy mal tradicionalmente. “Aún las mujeres sin esposos soportarían una fuerte crítica si trabajaran en la milpa”, según revela el estudio de A. White,³⁴ lo cual podría responder según él, a la tradición cultural propia de este país.³⁵

Debido a esta exclusión del trabajo en la milpa, las mujeres de bajos recursos económicos (la gran mayoría) aparte de su trabajo doméstico tradicional se ocupaban de otros oficios de producción o elaboración artesanal con preeminencia de su sexo en algunos de ellos, como por ejemplo, la

30 Aquí seguiremos a Samper, “Café, Trabajo y Sociedad en Centroamérica (1870-1930)”, págs. 11-105.

31 White, *El Salvador*, pág. 147.

32 Duque, Juan: “Costa Rica, Nicaragua, El Salvador y Guatemala” (Informe del Jefe del Departamento Técnico sobre su viaje de estudio a algunos países cafeteros de la América Central), en *Revista Cafetalera de Colombia*, vol. VII, 102, pág. 2.433, citado por Samper, “Café, Trabajo y Sociedad”, pág. 102.

33 Término utilizado en América Central que se refiere al terreno sembrado de maíz (*Diccionario de la Real Academia Española*, pág. 1.373), pero que también puede incluir otros cultivos de subsistencia como frijoles, verduras, etc. Además, suelen ser terrenos de muy poca extensión.

34 White, *El Salvador*, pág. 175.

35 Caso distinto ocurría en otros países vecinos centroamericanos como Guatemala, en donde sólo el hombre migraba al lugar de la cosecha durante el tiempo de la misma, mientras que la mujer y los hijos e hijas asumían la totalidad de las labores agrícolas en la parcela familiar, en caso de haberla. Samper, “Café, Trabajo y Sociedad”, pág. 103.



artesanía textil, la cerámica, la elaboración de canastos y esteras de cáñamo, los cuales eran vendidos a muy bajo precio, por la enorme competencia y oferta de este tipo de producción. También participaban en el comercio al por menor en las zonas con predominio indígena, llevando las frutas, vegetales y algunas veces, granos básicos al mercado para vender o intercambiar, como forma para generar ingresos económicos al hogar y adquirir lo necesario para el consumo familiar o para la producción.³⁶

Con el cambio de modelo y la llegada de la industria en los años cincuenta, declinó la producción femenina de artesanías más de lo que lo había hecho ya desde principios de siglo con la importación de productos manufacturados y otros productos de consumo primario, preferidos por las clases altas. Además muchos de estos oficios, con preeminencia femenina hasta entonces se masculinizan, en la medida que se implantaban las fábricas en el país que van produciendo dichos productos, pues eran hombres quienes en un primer momento ingresan a trabajar a las industrias. De este modo, se reducen enormemente las opciones laborales de las mujeres en unidades domésticas deficitarias y subfamiliares, caracterizadas por un número elevado de hijos en la zona rural y un poco menos en las zonas urbanas. De tal forma, que los ingresos proporcionados por el “jefe de familia” no logran ser suficientes para cubrir todas las necesidades más elementales del grupo familiar.

Como consecuencia, en circunstancias de necesidad de obtener ingresos adicionales por parte de las mujeres para sus familias —al haber sido excluidas de la mayor parte del trabajo agrícola y haber declinado el artesanal— se produce una creciente migración femenina joven hacia el área urbana. Así, se difunde en las zonas urbanas el trabajo doméstico bien a domicilio o bien en el propio hogar, por ejemplo “lavando ajeno” en el caso de las familias empobrecidas y, sobre todo, de mujeres jefes de hogar y sin otros medios de subsistencia. En el caso de las mujeres muy jóvenes

(a partir de los 12 ó 13 años), se registra ya en los años sesenta una intensa migración de los pueblos del interior hacia las cabeceras departamentales o a la capital, para emplearse como sirvientas domésticas y en comercios pequeños, especialmente cerca de los mercados. Otro de los servicios en los que se absorbe mucha mano de obra femenina en las ciudades es la costura.³⁷

36 Ibidem.

37 White, *El Salvador*, pág. 183.



En los años setenta, las mujeres ya estaban presentes en el sector laboral de las fábricas, más que todo las textiles, pero a medida que se implementa tecnología o se asciende en responsabilidades, decrece la participación femenina y asciende hasta casi la totalidad la participación masculina,³⁸ porque las mujeres no cuentan con los conocimientos necesarios para la realización de tales tareas —y las pocas que podrían tenerlos se les exige más que a los hombres, como tampoco interesaba enseñarles— y por tanto, son los hombres los que predominan en el campo tecnológico y niveles directivos. Y así, las actividades laborales con mayor presencia femenina se van devaluando en términos nominales.

Durante la década de los ochenta, en plena crisis económica-social y de guerra civil, aunque la gran mayoría de mujeres salvadoreñas no tuvieron participación directa en la crisis político-militar,³⁹ fueron las que soportaron los costes y efectos de la crisis, buscando formas alternativas de supervivencia para su grupo familiar ante la ausencia de los hombres. Debido a la guerra y a la falta de oportunidades de progreso económico que el modelo económico y la crisis de los ajustes fondomonetarios ocasionaban, muchos hombres se incorporaron a la lucha armada o y otros muchos emigraron a países vecinos, pero sobre todo a los Estados Unidos (en espera de encontrar oportunidades de empleo en otros países entrando de forma ilegal o bien, exiliados huyendo de la represión), con lo cual abandonaron o descuidaron las responsabilidades familiares que hubiesen podido tener.

Es así como muchas mujeres salvadoreñas asumieron también la jefatura de la familia, responsabilidad adjudicada a los hombres en su rol de “proveedores”. Con ello, un elevado número de mujeres se incorporan al mercado de trabajo remunerado, pero ya no con la concepción de generar un ingreso “adicional”, sino más bien, como única y en el mejor de los casos, la principal fuente de ingresos del hogar, y sin menoscabo de ejercer sus tradicionales tareas domésticas y de reproducción. Esto les da cada vez más autonomía económica, social e incluso política. Y es que según datos estadísticos, en la década de los ochenta ya había una alta proporción de

38 Este fenómeno se ha dado en prácticamente toda la región latinoamericana. Véase Arispe, Lourdes: “Las Mujeres y el Desarrollo en América Latina y el Caribe: Experiencias de los setenta y perspectivas para el futuro”, en *La Mujer en el Desarrollo de México y de América Latina*, México, 1989, pág. 29.

39 Al rededor del 30 % del movimiento revolucionario estaba constituido por mujeres, quienes en su mayoría realizaban funciones en relación a su rol de “cuidad y proteger”, como sanitarias, radistas, cocineras, etc., o bien se constituyeron colaboradoras de la guerrilla dentro de la población civil. Moreno, Elsa: *Mujeres y Política en El Salvador*, San José, Costa Rica, 1997, pág. 157.



mujeres como jefas de hogar (un 27%, índice que está por encima de los restantes países centroamericanos).⁴⁰

Por otra parte, las mujeres rurales fueron excluidas casi en absoluto del incipiente proceso de Reforma Agraria llevado a cabo en la década de los ochenta. Aún en los casos en que las mujeres eran las “jefas de familia de hecho”, no podían demostrar este estado, por carecer de los documentos necesarios para ello dada la forma en que se había producido la ausencia o muerte de sus maridos. En el caso en que eran los compañeros de vida los ausentes, tampoco podía demostrarse por la inexistencia jurídica en aquel momento de la convivencia de hecho.

La recesión de los ochenta significó para las relaciones de género, no sólo una feminización de la pobreza, sino también un aumento en el desequilibrio en contra de las mujeres en cuanto a la cantidad de trabajo total (directo e indirecto) que realizan.⁴¹ La crisis social producida por la introducción de los “ajustes estructurales” en las economías latinoamericanas tuvo repercusiones de hondo calado social, como ya ha quedado de relieve. Sin embargo, la implementación de tales medidas para la liberalización de la economía —con la adopción del modelo de crecimiento promovido por el FMI— afectó de manera distinta a cada uno de los sexos en función de las diferencias de los roles de género asignados social y culturalmente.

La desregularización de la economía implementada en los países latinoamericanos como producto de los ajustes en los ochenta, dejó libertad al mercado para que determinase casi en exclusiva el precio del trabajo y las condiciones de empleo. En esa medida, como lo ha reconocido las Naciones Unidas,⁴² a pesar de que la “flexibilización” en el mercado de trabajo permite el incremento de los puestos de trabajo femeninos en los países subdesarrollados (más que todo por la implantación de *maquilas*⁴³ como parte de la apertura y promoción de la inversión extranjera), estos son de muy baja calidad, pues aparte de que representan salarios bastante bajos a cambio de interminables jornadas laborales (muchas veces sin descanso, vacación o prestación social de ningún tipo), la desregularización mantiene y fomenta la *disparidad salarial* entre hombres y mujeres. Además, las

40 García, Ana Isabel y Enrique Gomáriz, *Mujeres Centroamericanas*, tomo I, pág. 110.

41 *Ibidem*, tomo II, pág. 49.

42 ONU, *La Mujer en una Economía Mundial en Evolución*, cit.

43 Término con el que se conocen en México y América Central a las fábricas extranjeras implantadas para la confección de ropa y otros artículos varios en su mayoría y cuya producción sale íntegramente al exterior.



labores que realizan las mujeres en las fábricas suele ser de muy bajo nivel técnico, sin posibilidades de aprendizaje técnico o académico, con lo cual se perpetua el círculo vicioso de la desigualdad. Por otra parte, la privatización de empresas públicas, en las que se había empleado gran número de mujeres, les ha afectado gravemente, debido a las reducciones de personal laboral, representando la mayor parte de los cesados.

Además, debido al recorte del gasto social, las tareas de reproducción realizadas por las mujeres de bajos recursos económicos se han visto tremendamente aumentadas, al tener que suplir necesidades básicas familiares de servicios básicos, como el agua y combustible para tareas domésticas, ante el incumplimiento por parte de lo Estado, en su política de austeridad y recorte del gasto público social, base del ajuste estructural. Esta otra dimensión del trabajo femenino, que se le denomina “*comunitario*”,⁴⁴ constituye la triple jornada de trabajo para las mujeres, junto con el trabajo reproductivo y productivo del que están a cargo en su gran mayoría: la crisis de los ochenta ha sido soportada por las mujeres, las reformas en el gasto social han sido posibles a costa de la sobrecarga de trabajo femenina.

ALGUNAS CONCLUSIONES

Con este breve recorrido histórico, se ha podido constatar cómo los papeles tradicionales y formas de participar en los procesos productivos de riqueza asignados a la mujeres en la sociedad salvadoreña, no han sido absolutos, y en cierta medida han sido invertidos y transformados desde muy temprano en la historia del país, a pesar del hondo calado de dichos roles en la subjetividad individual de hombres y mujeres. La necesidad imperiosa de buscar formas alternativas de supervivencia para su grupo familiar (y de sí misma en última instancia), en un contexto de abundante pobreza e injusticia que ha existido en el país, y las escasas oportunidades de tener acceso a los recursos productivos, han llevado a las mujeres a introducirse cada vez más en ciertos espacios productivos permitidos, que por otra parte eran y son de muy baja calidad, y en cualquier caso, remunerados de forma desigual en razón al sexo.

44 Sobre la triple jornada, véase Moser, Caroline: “Las mujeres en la planificación del desarrollo: necesidades prácticas y estratégicas de género”, en *Mujeres, Desarrollo y Políticas de Cooperación*, Managua, 1991.



Las mujeres salvadoreñas de bajos estratos, como la mayoría de las mujeres del Tercer Mundo, se han constituido en verdaderos *agentes de desarrollo* de sus hijos, familia y comunidad en general. Debido a ello, las mujeres tienen su tiempo *hipotecado* al servicio de los *otros*, y por tanto, se ven imposibilitadas para buscar y exigir su propio desarrollo.

La sobrecarga de trabajo de muchas mujeres en el Tercer Mundo, y entre ellas las salvadoreñas, ha significado un gran beneficio en términos económicos en las sociedades capitalistas que imperan en estos países, y por ende, apoyada y promovida por los que sustentan el poder político-económico en los mismos. Esa sobrecarga de trabajo va acorde con los objetivos del nuevo modelo de desarrollo: reducir los costos sociales para el Estado y aumentar la productividad nacional, para lo cual, son las mujeres los recursos productivos esenciales para ello: mano de obra descualificada barata en la producción de productos o materias primas exportables, y quienes además solventan las necesidades básicas de bienestar social dentro de las familias, en sustitución del Estado.

Cualquier política, programa o proyecto dirigido al desarrollo de las mujeres, que quiera tener verdadera efectividad en la transformación de su situación de subordinación y en el establecimiento de las condiciones necesarias para la igualdad entre los géneros, además de preocuparse por la satisfacción de las necesidades prácticas de las mujeres (como resultado su *condición* en la sociedad), debe de cuestionar la *posición* que éstas ocupan socialmente y transformarla. De no ser así, los esfuerzos que puedan realizarse, no tendrán efecto multiplicador, ni se podrán mantener y profundizar a largo plazo.

